

<https://info.nodo50.org/Nuevo-articulo,3189.html>



Por el decrecimiento: respuesta a una crítica barroca

- Noticias - Noticias Destacadas -



Fecha de publicación en línea: Viernes 23 de julio de 2010

Copyright © Nodo50 - Todos derechos reservados

Recientemente, Miguel Amorós ha publicado un artículo titulado [“El Trauma del Decrecimiento”](#)

Recientemente, Miguel Amorós ha publicado un artículo titulado [“El Trauma del Decrecimiento”](#). No hay nada que objetar al intento crítico en sí mismo y lo consideramos como parte del necesario debate de ideas que el movimiento por el decrecimiento genera y necesita para su enriquecimiento y difusión. Hay mucho que objetar, eso sí, a la forma y a gran parte del contenido del artículo. En relación a la primera, una pluma agresiva y descalificadora revela una actitud poco proclive al diálogo y a la construcción de alternativas comunes. En lo que respecta a su contenido, Amorós construye su crítica a partir de una definición del decrecimiento y el decrecentismo caricaturesca y burda con la esperanza de que le facilite sus ataques. El resultado es un texto salpicado de exabruptos y tergiversaciones con el cual no es fácil dialogar. El discurso del crítico es duro, frío, fósil y hostil.

Para Amorós, tal como se expresa en este y otros artículos, los objetores del crecimiento somos una pandilla de pequeño burgueses “desclasados”, “perdedores” o “lumpenburguesía” que no queremos la “fractura social” y que no tenemos otra cosa más interesante que hacer que construir una ideología y un movimiento a la moda participando con otros, como el movimiento antiglobalización, en la “trivialización de la protesta” y la “supresión del conflicto”. De esta manera, nos convertimos en “arma auxiliar de dominación” cumpliendo una “función reaccionaria en tanto que falsa conciencia de la realidad de unas clases en migajas”, etcétera. Sin comentarios.

Amorós construye su crítica desde la añoranza de un sujeto revolucionario que se le perdió en los meandros de la historia. Está molesto por el evidente debilitamiento del sujeto proletario y considera que todos los otros sujetos sociales actuales y sus luchas son sustitutos mediocres de éste. “El deseo de un cambio en la manera de aprender, producir y consumir que hoy se manifiesta esporádicamente en los llamados “movimientos sociales”, no lleva la impronta de la acción proletaria. La clase obrera ha perdido la memoria, y con ello, sus maneras y su ser. La iniciativa pertenece a los pequeños burgueses desclasados, a los estudiantes, empleados, funcionarios, y, en general, a los grupos sociales en el filo de la proletarización, los perdedores de la mundialización”, señala.

Su nostalgia del “movimiento revolucionario real” es tal que le quita valor a todo lo que de riqueza tienen las nuevas configuraciones de la vida social, sus procesos, sus actores y sus luchas, porque no llevan la “impronta proletaria”. Los condicionamientos ideológicos de sus análisis no le permiten ver que ese debilitamiento del proletariado no es ni bueno ni malo en sí mismo sino la expresión de las mutaciones sociales y de los desplazamientos de los focos de conflicto. Esta ceguera le impide ver que los lazos fuertes de la inclusión proletaria en el trabajo son sustituidos en la actualidad por los lazos débiles de inclusión en el consumo y otras formas de integración material y simbólica que dificultan los discursos y procesos de emancipación colectiva. Las identidades y los contraproyectos más innovadores se construyen fuera de los espacios tradicionales de integración y conflicto como lo fue la fábrica en su momento. Pero Amorós, erre que erre, sigue en su obstinada añoranza del sujeto histórico de la revolución cuya decadencia llora.

El artículo del crítico es extenso y abigarrado. Su tejido retórico y las idas y venidas de sus argumentaciones no facilitan el análisis ya que provienen de un marco conceptual bastante alambicado. Hemos seleccionado los enunciados que pensamos son los más representativas para desarrollar nuestra perspectiva. El señor Amorós dispara sus dardos envenenados hacia muchos lugares y no podemos hacernos cargo de todos sus ataques. A la mayoría de los insultos y descalificaciones no les hemos dado respuesta, por simple aburrimiento.

Redactamos este texto utilizando un plural que hemos tomado prestado. No pretendemos representar de manera

exhaustiva y definitiva a todos aquellos que han hecho suyas las propuestas e intuiciones del decrecentismo. Hemos realizado la contracritica a partir de lo que consideramos lo común de estos ideales. Todos no estamos de acuerdo con todo lo que decimos todos. La suma de nuestras verdades no da como resultado una verdad única. Y eso es saludable.

El decrecentismo para Amorós es:

-Una vuelta nostálgica a una edad dorada

“El reino de la razón apunta hacia atrás, a una edad de oro; así las formas anteriores de sociedad y Estado salen del desván como soluciones menos injustas e irracionales y se ponen de moda. Unos proponen la vuelta a estadios anteriores a la civilización urbana (primitivistas); otros, al Estado-nación y a las condiciones capitalistas de la posguerra (ciudadanistas); finalmente, otros, mediante la agricultura biológica, el "comercio justo" y la "banca ética", quieren regresar a la fase inicial del capitalismo, la de la separación del valor de uso y el valor de cambio, del trabajo concreto y el trabajo abstracto (neorrurales)”

La propuesta decrecentista ni prescribe ni sugiere una vuelta a ninguna etapa anterior del desarrollo de las sociedades. La historia no es reversible ni admite viajes de retorno. Pero tampoco es única; ha sido la consecuencia de bifurcaciones y opciones sociales que han desechado algunos caminos y seguido otros. La especie humana ha desarrollado formas societales contingentes que no van en una dirección de necesario progreso. Lo actual pudo haber sido de otro modo. Lo pasado pudo haber dado lugar a otros escenarios presentes. La historia es la historia de las bifurcaciones sociales.

Siguiendo a Polanyi, el mercado y el capitalismo han venido precedidos de formas de administración doméstica, de reciprocidad y redistributivas cuyos conceptos organizadores pueden ser conocidos, revisados y actualizados para oponerse al actual productivismo biocida y sociocida. La recuperación de formas sociales pretéritas, cuando las hay, es necesariamente contemporánea, pues se hace desde la experiencia y los conocimientos actuales no desde la ingenuidad nostálgica. Reducir el lugar del mercado en la sociedad no significa volver a la edad de las cavernas sino abrirse a la innovación y a la inventiva social aquí y ahora. La imaginación decrecentista se arraiga en prácticas sociales concretas (redes de economía solidaria, cooperativas de producción y consumo, banca ética etc.) que prefiguran formas sociales presentes y futuras y no un regreso a fases iniciales del desarrollo histórico.

La disyuntiva decrecimiento o barbarie, como ha sido definida por algunos autores, llama a la toma de partido en un momento histórico de bifurcación de caminos. La opción por el decrecimiento se inscribe en una vía lúcida y no ingenua que apuesta por agotar el territorio de lo posible sabiendo que lo probable juega en contra nuestra. Lo más probable es la barbarie pero la vía decrecentista no es una posibilidad nula. La tarea de la imaginación decrecentista consiste en proponer colectivamente formas y contenidos nuevos para un mundo agotado y apesadumbrado. A partir de una lucidez descarnada estamos construyendo una utopía razonable, paradójica y, esperamos, ilusionante, que llama a diseñar y construir en el presente una sociedad no productivista y convivencial.

-Un movimiento que pretende representar intereses generales

“El oscurecimiento del antagonismo de clase producto de la derrota obrera, sumado a la evidencia de la crisis ecológica, permite que se presenten como representantes de intereses generales”,

Para Amorós, dado que el núcleo de la historia sigue siendo el conflicto de clases tal como se desarrolla de manera paradigmática entre la burguesía y el proletariado, el movimiento decrecentista y otros, según su particular punto de vista, no son más que alternativas oportunistas que intentan sustituir a los verdaderos sujetos de los cambios.

Pero, los decrecentistas no pretendemos ser representantes de nada. No somos vanguardia ni retaguardia de nadie. Sencillamente nos agrupamos junto a otros que también han realizado un diagnóstico pesimista de las actuales condiciones sociales y medioambientales y ofrecemos una idea fuerza, el decrecimiento, que consideramos con la potencia suficiente como para captar las energías del cambio social y ayudar a organizar las prácticas individuales y colectivas necesarias para la modificar estas condiciones. Aspiramos a ser, junto a otros, catalizadores o facilitadores de la expresión de esa energía, generando lugares de encuentro, diálogo, discusión y propuestas teniendo como horizonte la gestación paulatina de un programa de transformaciones hacia la sociedad decrecentista imaginada.

Los objetores del crecimiento constituimos colectivos de mujeres y hombres que razonablemente decimos que si el problema más agudo al que nunca se ha enfrentado la vida en la tierra se deriva del funcionamiento de un sistema socioeconómico y cultural que ha hecho del crecimiento sin límites su divisa y su norte, entonces, lo que hay que hacer es frenar el crecimiento de ese sistema, es decir, decrecer.

No obstante, la objeción al crecimiento y la apuesta por el decrecimiento es el medio, no el fin, para alcanzar la sociedad convivencial que tanto parece molestar a Amorós. Por este motivo, el decrecimiento del que hablamos no se reduce a la economía; en rigor, la economía es sólo una parte, aunque importante, del decrecimiento de los excesos generales de un modo de vida desquiciado. Decrecimiento del despilfarro, decrecimiento del egoísmo, decrecimiento de la insolidaridad, decrecimiento de la depredación y decrecimiento de las injusticias sociales son parte de una misma iniciativa, a la vez necesaria y utópica, de cambio de rumbo.

-Un pensamiento fragmentario

“fabricándose para la ocasión un pensamiento recuperado de fragmentos críticos anteriores frutos de luchas reales”

Efectivamente, así como nos consideramos herederos de las luchas sociales de los siglos diecinueve y veinte, también nos consideramos en sintonía con prácticas y pensamientos críticos como los de Georgescu-Roegen, André Gorz, Cornelius Castoriadis, Iván Illich, Boaventura de Sousa Santos, entre otros, de los cuales hacemos recuperaciones siempre parciales sin voluntad de construir sistemas cerrados. No creemos en ningún tipo de pensamiento único, sea este liberal, ecologista, marxista, anarquista o incluso, decrecentista. Amorós, no encontrará un documento final o las sagradas escrituras del decrecimiento y eso nos enorgullece.

Serge Latouche, otra de nuestras referencias actuales, señala que "Detrás del slogan del decrecimiento y su correspondiente ruptura con la sociedad de crecimiento está la apertura en positivo a proyectos extremadamente diversos que simplemente tienen en común proyectos de sociedad austera, de no ser sociedades de despilfarro, de sobreconsumo"iii. Esta apertura a la diversidad no implica, como sugiere Amorós, un sistema fragmentario e inconexo. Los conceptos provenientes de diferentes fuentes constituyen cajas de herramientas que cobran sentido dentro de las prácticas decrecentistas. No hay una teoría decrecentista única y cerrada, ni es deseable que la haya, pero sí un conjunto de análisis e ideas marco que poco a poco irán conformando un cuerpo conceptual más estabilizado. Estas ideas deberían ir avanzado en la propuesta de formas de organización social alternativas y concretas, dentro de un programa de transformaciones radicales, sin dogmas o doctrinas que cierren el debate.

La propuesta por el decrecimiento nace de una crítica radical y una oposición activa a la desmesura de un modo de producción basado en la búsqueda ilimitada de beneficios y que ha conducido a la actual crisis social, cultural, política, económica y ecológica. En el plano social y cultural esta crisis se expresa en un aumento de las desigualdades y la persistencia de una cultura del consumismo y del individualismo despilfarrador. En el plano económico se expresa en el predominio de la ambición desbocada del capital financiero y de una industria sin contención. En el plano ecológico se expresa en el agotamiento de los recursos naturales debido al abuso de los mismos, en la contaminación y sus resultados negativos sobre la biosfera (cambio climático, pérdida de diversidad

etc.), todo ello como resultado de la actividad humana enmarcada en un sistema socioeconómico depredador.

-Un pensamiento poco novedoso

“El decrecentismo no aporta nada nuevo. En sí es una mezcla de bioeconomía, indigenismo y ciudadanía. De la primera extrae su principio económico; del segundo, su principio social, la "convivencialidad"; del tercero, su principio político”.

Y de muchas más cosas. Además: ¿indigenismo? ¿ciudadanismo? Por arte del birlibirloque Amorós ha hecho aparecer y desaparecer conceptos y nos cuelga gratuitamente otros. Lo relevante, en todo caso, para que una propuesta política sea valiosa, no es el número de componentes sino la articulación entre ellos y su capacidad de fundamentar sólidamente una visión crítica al modelo hegemónico y sugerir caminos para su superación. La propuesta por el decrecimiento es novedosa porque es una obviedad; porque no es complicada sino compleja. Es el “dos más dos” del sentido común y de la sensatez. Afirma que no es viable un crecimiento infinito en un mundo finito y punto. No hay nada más que decir porque todo lo que se puede decir ya ha sido dicho: que si la tecnología, que si los acuerdos internacionales, que si la responsabilidad social corporativa; que si la empresa verde; que si el reciclaje etc. y no han servido para casi nada. Tinta y saliva a raudales han sido vertidas en los cauces de la retórica posibilista para justificar lo injustificable o para aligerar el peso y hacer un poco más lenta la caída a un precipicio que de todas maneras va a ocurrir, si seguimos por el mismo camino. El decrecentismo dice: “si ésto, entonces ésto”. Si el causante del desastre previsible es el crecimiento económico, no un tipo de crecimiento, sino “el” crecimiento en sí mismo entonces hay que dejar de crecer. Así de fácil y así de difícil.

El movimiento decrecentista puede tener la capacidad, si las cosas se hacen bien, de reorganizar el imaginario activista, político y teórico de los, en muchos casos, aletargados movimientos sociales si dialoga con ellos, reconoce sus aportes teóricos y sus luchas y comienza a recorrer con ellos el cambio de rumbo hacia una sociedad viable. Juntos deberíamos ir esbozando un programa de transformaciones realista adecuado a las múltiples circunstancias de esos movimientos.

-Una ideología que niega el conflicto de clases y rechaza la toma del poder

“Confeccionan una ideología (...) que viene caracterizada por la negación del conflicto clasista, el rechazo de las vías revolucionarias, la confianza en las instituciones y la indiferencia ante la historia, detalles estos que confieren a la protesta un nuevo estilo en las antípodas de la pasada lucha de clases”

“El antagonismo violento entre clases aparece apaciguado y semidisuelto en múltiples oposiciones menores”

Los objetores del crecimiento no negamos los conflictos sociales, incluyendo los conflictos de clase. Negamos, eso sí, la existencia de un único conflicto organizador de toda la vida social y destinado a ser superado de una vez para siempre por la acción revolucionaria de una clase social. Y, al mismo tiempo, reconocemos el amplio abanico de la conflictividad social expresable en una multitud de escenarios variables y distintos. Y por supuesto, otorgamos, junto a otros movimientos, un lugar central al conflicto del productivismo, tanto en su versión capitalista como socialista estatista, con la naturaleza.

Más que rechazar las vías revolucionarias no hacemos de éstas un a priori de la acción política ni buscamos obsesivamente su “exacerbación”. La mayoría de los individuos y colectivos decrecentistas somos partidarios de la no violencia activa. No perseguimos el consenso con el poder pero entendemos que las formas concretas de las luchas serán resultado de los distintos escenarios donde se desarrolle la acción de los múltiples sujetos sociales. En todo caso, apostamos por la radicalidad y no por el extremismo y, por el momento, abogamos por las reformas

estructurales que permitan ir avanzando en la construcción aquí y ahora de la sociedad deseada. Esto no es “confianza en las instituciones” sino simple sentido común.

Probablemente muchos de los objetores del crecimiento, adecuándose a sus situaciones históricas concretas, compartirán la visión acerca del poder que tienen los “Caracoles zapatistas” que se diferencian de los “movimientos revolucionarios del siglo XX que pretendían tomar el poder por la fuerza para luego cambiar el mundo. En lugar de esto los pueblos mayas rebeldes construyen el poder desde abajo (en lo micro) y de esta forma buscan hacer redes de resistencia con otras comunidades u otros movimientos, que con sus modos, construyan en México o en cualquier lugar del planeta (en lo macro); un mundo donde quepan muchos mundos”.

Esta reflexión y esta práctica están muy lejos de modelos revolucionarios periclitados y basados en la imposición de dictaduras de clase. Los decrecentistas somos inequívocamente de izquierdas, pero no necesitamos de la jerga y la retórica decimonónica para demostrarlo. Además, lógicamente, creemos haber aprendido de los estrepitosos fracasos de las tomas de “palacios de invierno” a lo largo del siglo pasado. Resulta sorprendente que otros no hayan extraído las enseñanzas de tales fracasos e insistan en reproducir una visión del poder limitada, poco imaginativa y anclada en análisis desgastados y refractarios a la experiencia histórica. Por otra parte, así como no decretamos el fin de las revoluciones tampoco decretamos el fin de los falansterios o icarias: queda mucho por imaginar todavía.

Como señala Latouche, el decrecimiento es un proyecto político de izquierdas porque se fundamenta en una crítica radical a la sociedad de consumo, al liberalismo y retoma la inspiración original del socialismo. Pero, precisamente por fidelidad y respeto a esta tradición, entendemos que las prácticas políticas deben adecuarse a las nuevas configuraciones del poder bastante más complejas que las oposiciones binarias que marcaron los antagonismos sociales en épocas pasadas. En definitiva: menos épica y más ética.

Por otra parte, efectivamente hay en este movimiento una apuesta por la alegría de vivir dentro de espacios convivenciales y austeros, actuales y futuros. Entre otras cosas, esto significa que rechazamos la figura del militante eficaz y amargado como preámbulo del burócrata ortodoxo e inquisidor que tanto daño hizo a los sueños emancipadores de muchas generaciones de luchadores sociales.

-Un pensamiento que olvida la oposición principal derivada de la propiedad privada de los medios de producción

“En efecto, para los perdedores (sic) el capitalismo no es un sistema donde los individuos se relacionan a través de cosas y sobreviven sometidos al trabajo y esclavizados por el consumo y las deudas, algo que nació en un momento dado y puede desaparecer en otro; tal sistema no se desprende de una determinada relación social derivada de la propiedad privada de los medios de producción, sino que es “una creación de la mente”, un estado mental cuyo “imaginario” hay que descolonizar con ejercicios espirituales”

Ni la explotación del hombre por el hombre ni el expolio de la naturaleza son creaciones mentales fantasiosas y los decrecentistas nunca hemos afirmado eso. La “descolonización del imaginario capitalista” de la que habla Latouche es una razonable propuesta para limpiar las determinaciones ideológicas y culturales que llevan a considerar a esta forma socioeconómica como la única posible. Sin desechar, por supuesto, los ejercicios espirituales pero dejándolos para otros fines, la descolonización del imaginario capitalista se hace en conjunción con prácticas y propuestas societales que cuestionan la propiedad privada de los medios de producción, promoviendo la extensión de formas cooperativas y comunitarias de propiedad. No obstante, entendemos que, el cambio de propiedad en sí mismo no garantiza el avance hacia una sociedad liberada. Lo importante es el modelo de sociedad sobre la que existe la propiedad. Una sociedad productivista con formas colectivas o estatales de propiedad, como lo fueron las del fracasado socialismo estatista, no son evidentemente deseables. En cambio, una sociedad de decrecimiento, en armonía con la naturaleza, no consumista y democrática, puede convivir con formas de propiedad privada, eso sí,

acotadas y no hegemónicas. Es más, el “imaginario decrecentista” concibe razonablemente una sociedad en la que puedan convivir formas públicas, cooperativas y privadas de propiedad, equilibradas y diversas, todas bajo el imperativo del bien común. La apuesta por la sociodiversidad es consustancial a la propuesta decrecentista.

Las prácticas y experiencias contrahegemónicas desarrolladas en muchos lugares, pueden ser “experiencias marginales austeras” pero apuntan a la creación de masas críticas que eventualmente lleven a la desconexión con las lógicas mercantilistas. Frente a la idea de vivir en la mierda esperando el momento de la revolución salvadora, clásica en la historia de la izquierda, los decrecentistas, junto a otros movimientos, participamos de la creación aquí y ahora, dentro del capitalismo dominante, de territorios, físicos, relacionales y simbólicos, liberados y en proceso de desconexión de las lógicas hegemónicas.

Los objetores del crecimiento nos referimos a la salida simultánea del sistema y del imaginario que lo acompaña; del sistema económico y de sistema ideológico; de la objetividad de las relaciones sociales y de su subjetividad; de la base material y de las superestructuras. No hay preferencia estratégica sino elecciones tácticas en el contexto de las dinámicas concretas de los actores.

-Una práctica que rechaza del combate

“El método "convivial" no busca combatir porque no reconoce enemigos; se basa en trastocar la actitud de las personas - desde luego, no hechas de historia, sólo rellenas de "imaginario"; no con el trabajo de la negación, sino con el buen rollo evangelizador”.

No rechazamos el combate pero la mayoría de nosotros no definimos el movimiento por el decrecimiento a partir de una épica guerrera, una jerga militarista y una visión bélica de los conflictos sociales. Y eso no tiene nada que ver con nuestro uso del concepto de imaginario que el señor Amorós insiste en tergiversar.

Mucho más que el “trabajo de la negación” lo que nos interesa es el trabajo de la proposición y del proyecto. A la “evangelización” le llamamos difusión de ideas. Los objetores del crecimiento, como señala Paul Ariés, entendemos que “el primer decrecimiento que hay que propugnar es el de las injusticias sociales”. Por ello, la crítica al Capitalismo es doble: como sistema depredador de la naturaleza y como estructura socioeconómica que favorece la desigualdad y la explotación del hombre por el hombre.

El decrecimiento no es compatible con el capitalismo, tanto en su versión productivista como consumista. No obstante, la crítica al capitalismo no puede quedarse en una expresión “anti” genérica y dogmática: nos exige diseñar, proponer y realizar en un presente ampliado formas de organización socioeconómicas y culturales alternativas, fuera de la lógica mercantilista y del predominio del valor de cambio, abiertas a relaciones de reciprocidad, cooperación y apoyo mutuo. El radicalismo no se encuentra tanto en el anticapitalismo per se como en la capacidad de imaginar y arriesgarse a construir ahora alternativas a éste.

-Un pensamiento que se autodefine como expresión de una ley natural

“De acuerdo con el idealismo mesocrático el mundo es irracional e injusto porque no ha sido gobernado de forma adecuada, al no proporcionársele a la humanidad una verdad definitiva, o no desvelársele una "ley natural" como por ejemplo la del decrecimiento, fácilmente condensada en las ocho "erres" de Latouche.

“El decrecimiento es para sus seguidores la verdad "más verdadera", por lo que será suficiente aplicarla en pequeñas dosis y "articularla políticamente" para que su virtud conquiste el mundo”

El concepto de decrecimiento es cualquier cosa menos la expresión de una ley natural o una verdad revelada. Las fantasías y las tergiversaciones de Amorós alcanzan cotas sublimes. Decrecimiento es un concepto sencillo en su formulación pero, a la vez, complejo en su realización, que nace de la evidencia que ya hemos señalado: no es posible un crecimiento económico infinito en un mundo finito. No existe una fe decrecentista, por mucho que el crítico se empeñe en atribuirla a los partidarios del decrecimiento. Nuestra historicidad es incuestionable: somos sujetos contemporáneos que planteamos alternativas para este tiempo y para los lugares sociales concretos en los que vivimos.

El decrecentismo no es una doctrina de salvación derivada de una profecía apocalíptica ni de una verdad revelada. No pensamos tampoco que el derrumbe civilizatorio venga incluido en los genes de la especie sino que afirmamos que es el resultado de las opciones que en cada momento tomaron los que tenían las riendas del carro de la historia. Y el conjunto de esas elecciones nos ha conducido hasta aquí: al límite definitivo, a la frontera final con la biosfera a la cual pertenecemos y nos debemos. El derrumbe, decimos, no será una consecuencia de castigos divinos: lo será de la estupidez, la avidez, la insensatez y el deseo de poder de grupos sociales concretos, en la actualidad con nombre, apellidos y número de identificación fiscal conocidos. No obstante, el decrecentismo no apunta sólo a lo que va a pasar sino a lo que ha pasado y lo que está pasando en la actualidad. Los desastres son también cosa del presente.

No hay profecía apocalíptica, entonces, sino un diagnóstico descarnado que no puede ofrecer salvación ni recetas sino orientaciones para una lucha de largo aliento que implicará tanto enfrentamientos directos y estrategias de contrapoder como procesos sociales de desconexión o “deserción masiva” de los modelos de conducta dominantes (Paolo Cacciari)^{iv}. La elección de unos caminos u otros por parte de los objetores del crecimiento dependerá de sus particulares condiciones subjetivas, éticas, culturales y políticas. El decrecentismo no prescribe unos modos u otros para practicar la decencia y la voluntad de cambio de rumbo. No es una apuesta por la salvación de algunos, sino por los derechos de las mayorías y minorías, sociales y biológicas, que viven en este planeta.

-Un movimiento excesivamente heterogéneo

“Por supuesto, el decrecimiento es una "propuesta abierta a una gran diversidad de experiencias y corrientes (...) Pero precisamente debido al hecho de no desprenderse de una praxis social concreta sino haber nacido en una mesa de expertos y (...) el remedio del decrecimiento sirve lo mismo para un roto que para un descosido”

¿Qué echa de menos Amorós? ¿Que no tengamos un decálogo? ¿Que no hagamos una lista de los incluidos y excluidos dentro del movimiento? ¿Qué no tengamos un modelo único de experiencia histórica? ¿Que no tengamos nuestra Albania? Los decrecentistas confiamos en la autoexclusión de los actores cuando sus valores y sus prácticas entren en contradicción con los conceptos básicos que nos unen. El antiproduccionismo, el antiautoritarismo, el antipatriarcalismo, la apuesta por la simplicidad voluntaria, la descentralización, el biocentrismo, por señalar algunos de los conceptos identitarios del decrecentismo de manera inmediata o paulatina producirán la autoselección de algunos de los que ahora se han acercado a estas ideas, es decir, generarán como cualquier movimiento social vivo, discrepancias y distanciamientos internos. Pero no apostamos por la ortodoxia y las purgas consiguientes sino por la coherencia de principios. Ahora bien, todo lo anterior no nos debe impedir estar vigilantes frente a los intentos, por la derecha, el centro y la izquierda, de apropiación del movimiento. El fascismo y algunos extremismos de izquierda ya están intentando recuperar la dimensión antisistema del decrecimiento y el centro lo hace confundiéndolo con la doctrina de la “sostenibilidad”.

Con todo, para acercarse al decrecentismo hay que realizar un proceso de aligeramiento de la carga doctrinaria que ha caracterizado a la izquierda desde siempre. Quitarse los tics conductuales y lingüísticos acumulados durante años de prácticas sectarias es un requisito para iniciar el viaje. Hay que comenzar haciendo la crítica de la razón única, sea de izquierdas o de derechas, reconociendo que “hay varias razones y buscarlas, encontrarlas y

articularlas" (Marcos). Seguir a continuación con el abandono del lenguaje estereotipado y agotado de la izquierda, lleno de ruidos y cacofonías producto de sus propios fracasos, para conectar con los deseos y la energía de cambio de la sociedad. Es necesario romper con la "continuidad acústica" en relación a los viejos sonidos del lenguaje supuestamente revolucionario. Avanzar en radicalidad y retroceder en extremismo puede ser una buena carta de navegación en este sentido.

Pero, sobre todo, hay que hacer una revisión profunda del concepto de poder como único, situado espacial y temporalmente y transformable desde arriba en beneficio de las mayorías. Frente a esa idea los decrecentistas oponemos una idea del poder como algo complejo, policéntrico y modificable desde abajo para que siga estando abajo.

-Un movimiento cuyos sujetos no forman un "conjunto coherente"

"No forman un conjunto coherente, puesto que su base social no es coherente. Dada la "diversidad" de personajes, colectivos y sectores presentes, en distintos niveles de compromiso con la dominación, la mediación a través de la práctica se produce en la confusión y la arbitrariedad"

Donde Amorós ve defectos nosotros vemos virtudes. Siempre desde la añoranza del sujeto histórico, único, homogéneo, viril, potente y clarividente, la diversidad real observada en el espacio decrecentista le produce incomodidad. Peculiar anarquismo el del crítico. Por el contrario, para los decrecentistas las propuestas emancipatorias nacen de las realidades que las hacen necesarias y estas realidades son diversas y múltiples. Frente al discurso de lo único, ya sea en su versión liberal o en su espejo leninista, oponemos el discurso y la práctica de lo común; lo común de lo diverso. Y lo diverso son los colectivos que en la actualidad desarrollan sus acción creativa en los vericuetos de las relaciones sociales en el mundo cooperativo, en el solidario, en el rural, cultural etc. En esas realidades el decrecentismo reconoce sujetos de cambio y apuesta por favorecer su desarrollo, en ocasiones integrándose o creando iniciativas concretas y en otras como catalizador o facilitador de su emergencia y consolidación. De ese encuentro entre los conceptos decrecentistas y las prácticas de los sujetos reales deben surgir las propuestas de cambio ajustadas a la historicidad de los actores enmarcadas en unos programas de transformación consensuados. No somos vanguardia, no reconocemos vanguardia alguna ni la añoramos; apostamos por aunar tareas, deseos y proyectos.

El socialismo de inspiración marxista se autoproclamó "científico" definió el socialismo anterior como "utópico", lo despreció y con ello rechazó unas formas de prefiguración colectiva que no se guiaban por el sentido de la historia sino por el proyecto a partir de la imaginación, el deseo y las necesidades comunes. El utopismo como energía creadora es rescatado por los movimientos actuales y orienta sus experiencias de cambio.

-Un movimiento que pretende salirse de la economía sin ruptura

"Todos los partidarios del decrecimiento hablan de salirse de la economía, aunque la forma de dar el paso no pase por una revolución, ni tan sólo por una hecatombe económica (...) La destrucción del capitalismo no es la condición previa del cambio. Éste ha de ser "civilizado", pasando por la puerta, no rompiéndola"

"Los espacios de libertad aislados, por muy meritorios que parezcan, no son barreras que impidan la esclavitud. No son fines en sí mismos, como no lo eran los sindicatos en otros periodos históricos, y difícilmente pueden ser instrumentos para la reorganización de la sociedad emancipada. Durante los años treinta (...), la autonomía de cada institución revolucionaria, sindicatos incluidos, fue asegurada por la presencia de milicias y grupos de defensa. Pero hoy las cosas son diferentes; la emancipación no va a nacer de la apropiación de los medios de producción sino de su desmantelamiento".

Los decrecentistas no jugamos al “todo o nada”. No podemos hacerlo tomando en cuenta las urgencias sociales y medioambientales. En la actualidad, dentro del sistema, son necesarios y posibles cambios que vayan en la dirección de lo que propugnamos. No apostamos a la revolución redentora, ni siquiera a la toma del poder, como fin en sí mismo. En lugar de esto, muchos de nosotros compartimos la siguiente afirmación: “Ustedes luchan por la toma del poder. Nosotros, por democracia, libertad y justicia. No es lo mismo. Aunque ustedes tengan éxito y conquisten el poder, nosotros seguiremos luchando por democracia, libertad y justicia. No importa quién esté en el poder, los zapatistas están y estarán luchando por democracia, libertad y justicia” (Carta de subcomandante Marcos al Ejército Popular Revolucionario). Si los movimientos contrahegemónicos no hacemos una revisión en profundidad de la cuestión del poder estaremos condenados a repetir la historia. Y por supuesto, un cuerpo de “milicias y grupos de defensa” no nos parecen por ahora imprescindible para proteger un huerto urbano, una cooperativa de consumo o un mercado de trueque.

La retórica supuestamente revolucionaria no es una buena aliada para la precisión analítica: ¿Qué quiere decir “abolir” o “destruir” el capitalismo? ¿Redactar un decreto el día uno de la revolución y decir que desde ese momento el capitalismo no existe? ¿Qué quiere decir, “destruirlo”? ¿dinamitar El Corte Inglés o el Banco de Santander? Las dinámicas de cambio son procesos complejos no reductibles a un momento puntual y definitivo. Todas las revoluciones que lo han intentado, todas, han terminado en fracasos colosales. La primera de ellas: la revolución rusa cien años después ha conducido a un brutal capitalismo de Estado, pasando por gulags y desastres medioambientales sin parangón. Los decrecentistas no hemos decretado el final de las revoluciones pero no hacemos de ellas el instrumento privilegiado de nuestra marcha y, efectivamente, no tenemos al socialismo o al comunismo, en su versión marxista-leninista, como final de nuestro camino. Preferimos la imagen de una sociedad decrecentista plural, resultado de las iniciativas de actores múltiples y diversos; un mundo en el que deberán “caber muchos mundos”. v(Marcos)

La destrucción del capitalismo no es, para la mayoría de los decrecentistas, la condición previa del cambio. El cambio se desarrolla aquí y ahora dentro del capitalismo porque no hay, en el sistema-mundo, ningún espacio exterior a él. No se trata de una reforma o mejora del sistema, al modo socialdemócrata, sino de la creación en sus intersticios, de una masa crítica de proyectos alternativos con voluntad de resolver aquí y ahora los problemas diagnosticados.

No creemos tampoco en la vieja táctica de “cuanto peor mejor” o de “acentuar las contradicciones” y los conflictos para facilitar la revolución redentora, precedida de una “ofensiva de masas”. Los proyectos actuales, como por ejemplo, entre otros los de economía solidaria, deben ser la prefiguración de la sociedad deseada o, más bien, son la sociedad imaginada y deseada. La utopía se construye en el presente. Un banco cooperativo es una alternativa actual a la banca comercial; una cooperativa de consumo a un supermercado y así sucesivamente. Donde haya un sueño tiene que haber una realidad que lo anticipe. Lo nuestro no es un programa de gobierno sino un “programa de transformaciones”. El camino es la meta (Buda).

Evidentemente, no pensamos que la puesta en práctica de esta filosofía de transformaciones progresivas, podrá realizarse sin conflictos ni luchas. Ni idealizamos todas las experiencias de desconexión actuales, muchas de ellas, efectivamente dependientes del mismo sistema del cual quieren ser alternativa. No somos ingenuos ni idiotas. Pero una cosa es considerar la posibilidad real de las luchas y otra darla como un supuesto o incluso como un objetivo deseable y construir una ética, una estética y una política de la beligerancia como signo o gesto de fortaleza y eficacia revolucionaria. Y, por supuesto, no compartimos el elogio adolescente de “la revuelta”, ni siquiera cuando es propuesta como “forma de conocimiento”.

Somos evidentemente críticos con las expresiones actuales de la democracia representativa y los “subproductos políticos” como lo denomina Amorós, pero eso no nos lleva a las imágenes de ruinas, destrucción y, suponemos, paredones con los que parece soñar.

-Una apuesta por la sostenibilidad

“Desde cualquier ángulo, las soluciones pasan por disciplinar a los individuos en tanto que consumidores, reeducándolos en el ahorro, la austeridad, el reciclaje y el pago de tasas académicas e impuestos mayores. En tanto que automovilistas, financiándoles la compra de coches menos contaminantes, pero obligando a pagar peajes por acceder a los centros de las conurbaciones y trabando al estacionamiento”.

El decrecentismo se desmarca claramente de la doctrina de la sostenibilidad. El paradigma del decrecimiento es diferente al paradigma del crecimiento y al de la sostenibilidad. Y el señor Amorós o no lo ha entendido o quiere confundirlos ex profeso. Las diferencias con el primero las hemos explicado a lo largo de este texto. Dedicaremos unas líneas a las diferencias con el segundo. Las propuestas de la sostenibilidad se basan en el imperativo de sostener lo dado, es decir, el crecimiento, garantizando que el modelo de producción y consumo y las tasas de beneficios empresariales sigan como hasta ahora. El “desarrollo sostenible” se ha convertido en una etiqueta que utilizan los gobiernos y las propias multinacionales para demostrar que tienen en cuenta las consecuencias medioambientales de sus negocios a la hora de tomar decisiones. No obstante, la lógica de acumulación, contaminación y expolio sigue inmutable. Los decrecentistas, para utilizar uno de los ejemplos de Amorós, no sólo nos oponemos a la “financiación de coches menos contaminantes” sino a la misma idea de basar la movilidad en un vehículo individual de desplazamiento y de revisar los efectos de contaminación no sólo en el uso de los vehículos, y de los objetos tecnológicos en general, sino en sus etapas de concepción, diseño, producción y reciclaje.

Una apuesta por el “Tercer Sector”

“Finalmente, la necesidad de mantener a sectores enteros de excluidos del mercado laboral revaloriza experiencias marginales como cooperativas, huertos urbanos, desescolarización, entretenimiento comunitario, trueque, movilidad sostenible, etc.; es decir, garantiza la existencia de una economía marginal tolerada e incluso protegida, un “tercer sector” al que se transfiere por las vías fiscal y administrativa un pedacito de los beneficios de la economía “real”.

Los decrecentistas vinculamos la cuestión ecológica con un cambio de rumbo del modelo productivo dentro de una ética de la austeridad común. Para ello, nos apoyamos, en parte, en las experiencias del llamado “tercer sector” sabiendo que este es un concepto donde caben iniciativas de diverso origen y con diferentes grados de cercanía o coherencia con la propuesta decrecentista. Rescatamos, dentro de este sector, particularmente las experiencias concretas de economía solidaria pero somos críticos, cuando se existe, con su papel como complemento de un Estado del bienestar en proceso de desmantelamiento.

-Un movimiento que manifiesta su adhesión al Estado democrático

“Del ciudadanía, la ideología del decrecimiento conserva intactos el pánico a los conflictos, el amor a las nuevas tecnologías y la adhesión al Estado “democrático”. Los ciudadanistas han circulado antes por la carretera estatista en sus demandas de tasación y regulación financiera. En los países llamados democráticos porque ocultan su totalitarismo, un pretendido sujeto emerge de las ruinas del proletariado: la “ciudadanía”.

“Por otro lado, las decisiones empiezan a regresar a la esfera del Estado, recobrando éste en parte la facultad de definir los intereses generales, lo que renueva con mayor realismo las esperanzas decrecentistas de un “control democrático de la economía por la política”. Un entendimiento con el orden es posible”

La vinculación que hace nuestro crítico entre el decrecentismo y el ciudadanía es gratuita pero la realiza, al parecer, para intentar matar dos pájaros de un tiro. Los que se sientan interpelados como ciudadanistas deben responder por su cuenta. No obstante, por lo menos en España, la ideología “ciudadanista” no forma parte del sustrato conceptual del movimiento por el decrecimiento ni éste tiene vinculación orgánica con movimientos como ATTAC. Esto no impide que muchos pensemos que la democratización del Estado, las regulaciones financieras, la

lucha por derechos civiles pueden formar parte del objetivo general de un control democrático de la economía por la política. Esto es necesario hacerlo porque es iluso y a la vez irresponsable jugar las cartas de la emancipación a un autogobierno futuro, liberado de las coacciones de clase, beligerante mientras en el presente estemos sometidos a las discrecionalidades del poder

Suricato

Junio 2010

<http://innovacionydecrecimiento.blogspot.com>

www.decrecimientomadrid.org